

LA BOLSA DE SAL: NOTAS SOBRE POESÍA Y DIPLOMACIA*

CHRIS MERRILL¹

Resumen: Buscando reivindicar modelos de poder suave para el siglo XXI, en los que la práctica y la pedagogía de la escritura, la exploración de la creatividad, constituirían alternativa frente a los dictados de las ideologías extremistas, el artículo expone un conjunto de historias desde el frente de lo que ha sido llamado una guerra de ideas, un choque de civilizaciones. El diálogo depende de la escucha, y la escucha es esencial no solamente para el intercambio cultural, que idealmente ocurre en ambas direcciones, sino también para cualquier empresa creativa. Ello incluye la poesía, que puede comenzar con un poeta que escucha algo que promete una exploración: sea una palabra, una frase o un ritmo. De ahí la conexión entre poetas y diplomáticos: comparten una afición por la escucha (por las intrincaciones del lenguaje, por las opiniones de otros) y por representar, en una página o en persona, alguna visión de su relación con el todo —con la literatura o con su país—.

Palabras clave: diálogo intercultural, choque de civilizaciones, guerra, literatura, diplomacia, poesía, escucha.

Abstract: Looking vindicate soft power models for the twenty-first century, in which the practice and teaching of writing, exploring creativity, can constitute an alternative to the dictates of extremist ideologies, the paper presents a collection of stories from the compared to what has been called a war of ideas, a clash of civilizations. Dialogue depends on listening, and listening is essential not only for cultural exchange, which ideally occurs in both directions, but for any creative enterprise. This includes poetry, you can start with a poet who hears something that promises a scan: is a word, a phrase or a rhythm. Hence the connection between poets and diplomats: they share a fondness for listening (for the intricacies of language, by the opinions of others) and to represent, in a page or in person, some vision of their relationship to the whole, with the literature or your country.

Keywords: intercultural dialogue, clash of civilizations, war, literature, diplomacy, poetry, listen.

* Traducción de Ernesto Feuerhake.

¹ Poeta, traductor y ensayista norteamericano. Director del International Writing Program de la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Correo electrónico: christopher-merrill@uiowa.edu

De partida una aclaración: yo no soy ningún diplomático, sino sólo un poeta que por casualidad trabaja en el campo de la diplomacia cultural. Tal campo ha sido definido como “el intercambio de ideas, información, arte, y otros aspectos de la cultura entre las naciones y sus pueblos, con el fin de fomentar el entendimiento mutuo”. La diplomacia cultural cae bajo la rúbrica de la diplomacia política que, a veces, a su vez, se ha descrito como el arte de ganarse los corazones y espíritus. Desde el 11 de septiembre, estas formas de lo que el teórico político Joseph Nye llama “poder suave” (en contraste con el ejercicio de un poder duro, vale decir, militar y económico), han generado un debate notable en los círculos de discusión de políticas exteriores. El rol del Programa Internacional de Escritura (*International Writing Program*, IWP) ha consistido en conectar a nuestros mejores escritores con corazones y espíritus alrededor del mundo, por medio del desarrollo de modelos de poder suave para el siglo XXI, en los que la práctica y la pedagogía de la escritura, la exploración de la creatividad, pueden constituir alternativas frente a los dictados de ideologías extremistas. Esta noche quisiera compartir historias desde el frente de lo que ha sido llamado una guerra de ideas, un choque de civilizaciones, si bien desde mi punto de vista no se trata de una guerra, al menos no todavía (aunque la guerra sea uno de los modos en que las naciones suelen resolver la competencia entre reivindicaciones e ideas), sino de un diálogo, cuyas implicancias culturales, geopolíticas y espirituales exceden con mucho este marco.

El diálogo depende de la escucha, y la escucha es esencial no solamente para el intercambio cultural, que idealmente ocurre en ambas direcciones, sino también para cualquier empresa creativa. Ello incluye la poesía, que puede comenzar con un poeta que escucha algo que promete una exploración: sea una palabra, una frase o un ritmo. De ahí la conexión entre poetas y diplomáticos: comparten una afición por la escucha (por las intrincaciones del lenguaje, por las opiniones de otros) y por representar, en una página o en persona, alguna visión de su relación con el todo —con la literatura o con su país—. La tradición de poetas-diplomáticos incluye a los premios Nobel Saint-John Perse, George Seferis, Pablo Neruda, Czeslaw Milosz y Octavio Paz. Por cierto no es fácil medir la influencia de su trabajo diplomático en su poesía, pero sí resulta bastante razonable asumir que el conocimiento que hayan podido adquirir del trabajo interno de un gobierno, sea en cuestiones domésticas o exteriores, ha ampliado su visión del mundo, y probablemente ha profundizado su comprensión de la condición humana. En su conferencia de recepción del premio Nobel, Perse dijo que “a pesar de sí mismo, el poeta también está atado a los acontecimientos de la historia” y que “nada en el drama de su tiempo le es ajeno”.

Difícilmente esté yo en la carrera por el Premio Nobel, pero sí estoy en posición de detenerme un poco en el drama de nuestro tiempo desde la perspectiva de un poeta. No cabe duda de que lo que sigue toma forma a partir de los ejemplos que constituyen aquellos como Perse, Seferis y Paz.

Perse llamó a su temprana obra maestra *Anábasis*, “el poema de la soledad en acción”: una apta descripción de la división de lealtades que yo mismo experimento en mis temporadas afuera, entre mi vocación poética y mis responsabilidades como director del IWP —mis trabajos nocturno y diurno, si se quiere—. La tensión entre acción y reflexión es familiar al tópico literario. Asimismo, es crucial en mi vida e impulsa la misión del IWP, que no es otra que establecer condiciones fértiles para el trabajo creativo y el intercambio de ideas. Entre la búsqueda de la verdad, que es parte integral de la literatura, y el piso común que es esencial para la diplomacia, entre arte y política, hay una tierra cuyo plano los críticos literarios aún no han trazado. Espero que estas reflexiones proporcionen algunas marcas y señales.

Simplemente conectar: este consejo de E. M. Forster para aspirantes a novelistas es un principio organizativo del IWP, donde conectamos a escritores con otros escritores y lectores, estudiantes y académicos, traductores y editores. Durante la Guerra Fría, el IWP funcionó como lugar de reunión para escritores del bloque soviético, comenzaron a llegar escritores chinos una vez acabada la Revolución Cultural, y después del 11 de septiembre hemos invitado a más escritores de países islámicos. Tantos libros se han escrito durante las residencias del IWP que un visitante llegó a decir que la Universidad de Iowa era una enfermería narrativa. *El mundo viene a Iowa* —este fue el título de un par de antologías de escritos seleccionados en las primeras décadas del programa—, y en los últimos años el Departamento de Estado, que provee buena parte de nuestro presupuesto, nos ha alentado a llevar al mundo a los escritores americanos. Es así que hemos organizado simposios en Grecia y Marruecos, dedicados a los temas que tenemos en común: la justicia, el hogar, la ciudad, el viaje. Del mismo modo, hemos organizado viajes de escritores americanos a Siria, Jordania, Israel y Cisjordania, Turquía, Chipre, Omán, Arabia Saudita, Túnez y Kenia. Lo que sigue, entonces, son algunas impresiones de tres lugares que he visitado en el curso de mi trabajo para el IWP: Cisjordania, un campo de refugiados somalí en Kenia e Irán. Tres lugares que presentan problemas que, por lo general, la comunidad internacional considera insolubles. Por mi parte, yo no ofrezco soluciones, sino nada más que historias animadas por el deseo de conectar, que es la clave de la diplomacia cultural, vale decir, del cultivo de mejores relaciones entre un pueblo y otro, no obstante sus diferencias políticas.

I PALESTINA, MAYO DEL 2007

En el restorán, habían arreglado una mesa muy elegante para veinte invitados, en un cuarto separado en el segundo piso, con banderas americanas y palestinas dispuestas en forma de cruz bajo un centro de mesa de flores. Nuestro almuerzo en Ramala junto a exalumnos del IWP iba a ser una reunión, y yo esperaba encontrarme con viejos amigos: poetas, novelistas y cineastas, que con sus impresionantes retratos de la vida en los terrenos ocupados hacían más comprensibles las repercusiones de aquello que los palestinos llaman Al-Nakba, la Catástrofe: la declaración por parte de la ONU, en 1948, de la condición de Estado para Israel, que formalizó la expulsión de cientos de miles de árabes de su tierra natal e inauguró una nueva fase en lo que muchos entienden como el interminable conflicto en Medio Oriente.

Yo estaba especialmente entusiasmado por ver a Ghassan Zaqtan. Nacido en Beit Jala, un pueblo cristiano cerca de Belén, había cumplido la mayoría de edad durante la guerra civil en Beirut mientras editaba un periódico literario en apoyo de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y que, para cuando nos conocimos, en agosto del 2001, había publicado varios volúmenes de poesía, además de una novela. Dirigió también películas documentales, y fue director de la Casa de la Poesía en Ramala, que fuera arrasada por un tanque israelí poco después de haber él llegado a la ciudad de Iowa (fue este el tercer ataque en un solo año al centro cultural, considerado por los israelíes como institución terrorista). Oficinas editoriales, biblioteca, archivos: no quedó nada. Ghassan se encogió de hombros, como dando a entender que lo había visto todo. Y quizá así era, pues había luchado contra las milicias maronitas y contra las fuerzas israelíes en Beirut, había volado a Túnez con la OLP, había sobrevivido dos *intifadas* y varios matrimonios. Le aportaba a nuestras discusiones una perspectiva sensata que equilibró los ánimos que algunos de sus colegas escritores albergaban respecto de Estados Unidos en las semanas que siguieron al 11 de septiembre, mientras la nación se preparaba para la guerra en Afganistán. Parecía deleitarse con las cosas absurdas que le ocurrían. Durante los viajes del IWP dentro del país, por ejemplo, era él el único escritor cuyos pasajes sólo de ida no llamaban la atención del personal de seguridad de los aeropuertos. No hay explicación posible para esto, pero a este antiguo luchador de la OLP nunca lo apartaron para revisarlo por separado.

Veía, sin duda, todo lo absurdo que había en el hecho de que no pudiéramos encontrarnos. Porque después de las elecciones parlamentarias en Palestina, en las que Hamas (un grupo islamista militante que para Israel, así como para Estados Unidos y

para la Unión Europea, aparece como una organización terrorista) había barrido con sus opositores, la administración Bush instituyó una política de no contacto con la autoridad palestina. Se trataba de un edicto que contemplaba a todos los empleados públicos, incluyendo a Ghassan, que venía de aceptar una posición en el Ministerio de Cultura. En cualquier caso, su nueva esposa, que dirigía una ONG, se las había arreglado con el consulado de Estados Unidos en Jerusalén para organizar nuestra reunión con los exalumnos del IWP. A pesar de estar harto molesta porque Ghassan no iba a poderse unir (encima ella estaba de cumpleaños), siguió haciendo los preparativos hasta la víspera de nuestro viaje a Ramala, cuando abruptamente dio a los escritores la orden de boicotear el almuerzo. (Irónicamente, un mes después, una vez que Hamas tomó el control de la Franja de Gaza y aniquiló las fuerzas de Fatah, principal pilar de la OLP, la administración Bush revirtió su política de no contacto con Fatah con la esperanza de fortalecer su poder sobre Cisjordania).

A la mañana siguiente, durante una clase en la Universidad de Bir Zeit en que una profesora inglesa ciega y sus estudiantes escuchaban muy educadamente nuestra discusión sobre escritura y literatura, yo guardaba la esperanza de que la amistad prevaleciera sobre la política. Pero después de la sesión, cuando salí de ahí, bajo la luz enceguecedora del sol, mi esperanza se hizo pedazos. Las blancas murallas del edificio de ingeniería estaban empapeladas con afiches que anunciaban la agenda del bloque islámico, liderado por Hamas, que acababa de ganar las elecciones del Centro de Estudiantes. No había ambigüedades en su mensaje: "Tenemos un sólido plan para secuestrar soldados sionistas, y nuestros muyahidines de elite están listos para actuar". Y "Una de nuestras mujeres en prisión fue atacada por tres sionistas". Y "Hemos capturado a un grupo que planeaba matar a nuestros niños". Grupos de estudiantes estudiaban los textos y asentían. "¿Cómo competir con *eso*?", me pregunté. Pronto me resigné a no ver a mis amigos, mientras pasábamos en automóvil frente a los barracones en los que Yasser Arafat vivió sitiado por los israelíes por dos años hasta su muerte en el 2005. Y en el restorán estuvimos parados alrededor de la mesa, en incómodo silencio, hasta que fue bastante claro que yo tenía que pedirle al *maitre* que nos sentara en la parte principal del restorán, sin el centro de mesa.

Enseguida se nos unió la profesora ciega y un traductor de la Sorbona. Cuando el mesero nos trajo la comida, la profesora le pidió al traductor que le contara el secreto de las hojas de parra. El traductor dobló un pedazo de pan pita, se lo puso a la ciega en las manos, y luego se las tomó y las dispuso como si ella fuera a tomar agua de ellas, mientras le explicaba cómo medir con cuánto había que llenar cada hoja. La profesora aplaudió tan vívida descripción, y le dijo que debería animar algún

programa de cocina en televisión, lo cual el traductor estimó ridículo. Ella había renunciado a su puesto de profesora a causa del retén del ejército que se instaló cerca de la entrada de la universidad. Vivía todos los días con miedo a que la arrestaran y la deportaran a la Franja de Gaza, que era la residencia que aparecía en su documento de identidad, que por lo demás no hacía mención de su matrimonio. De hecho, agregar el nombre de sus hijos a su documento de identidad le había significado rogarle a la autoridad israelí por ocho años; y ello no significaba nada más que si eventualmente la deportaban iba a poder llevárselos con ella. Me miró.

Sin expresión me dijo: "Los israelíes son muy generosos".

Me dijo que había conocido a su marido en Canadá, y que en el primer arrebató de esperanza luego de la firma de los Acuerdos de Oslo volvió a Palestina y se estableció en Cisjordania: un mejor lugar para encontrar trabajo y criar una familia, creían, que su Gaza natal. Pero entonces su madre se enfermó, su padre tuvo que pedir un taxi desde Gaza para poder ir a verla al hospital en Jerusalén, y no había nadie con ella cuando murió. Recuperar su cuerpo tomó un día entero. Y eso no era nada comparado con lo que pasó cuando murió su padre. Porque él nunca llegó a conocer a sus nietos, y ella no pudo ir a su funeral, porque debido a la segunda *intifada*, todo estaba cerrado. Era una maravilla el hecho de que hubiese podido convencer a las autoridades de que agregaran los nombres de sus hijos a su documento de identidad. Aun así se negaron a reconocerle su matrimonio.

"Muy generosos", repitió.

Nuestra conversación viró hacia el muro de seguridad que construyeron para proteger los asentamientos judíos en Cisjordania: cientos de kilómetros de murallas de concreto que serpentean a través de tierra palestina, dividiendo familias y granjas. Los palestinos veían el muro como una expropiación que violaba la Convención de Génova, que prohíbe que un poder ocupante se asiente y tome el control de más tierra. Los israelíes argumentaron que se prevenían de ataques suicidas. Ambos tenían razón. En esta mesa, cada quien tenía una historia que contar: cómo es que una mujer que acostumbraba cruzar la calle varias veces al día para ver a su madre, anciana ahora, tenía que manejar por cuarenta y cinco minutos hasta llegar a un retén, donde tenía que esperar una hora o más, dependiendo del humor del guardia, para poder saber si podía siquiera seguir el viaje; o cómo un muralista transformaba su parte del muro en una escena rural, llena de árboles y campos, hasta que una patrulla del ejército le ordenó que la pintara encima, y que cuando alegó que la parte israelí del muro estaba decorada de modo similar los soldados lo apuntaron con sus armas, y así...

“Son tiempos de muros”, alguien dijo, y acotó que había constructoras americanas erigiendo muros alrededor de las partes suníes de Bagdad, que no hacían más que acelerar la división en confesiones aparte de una ciudad antaño caracterizada por su rica mezcla de gente. Otro mencionó el plan de construir un muro en la frontera con México para prevenir la inmigración ilegal. Y cuando íbamos de vuelta a Jerusalén, Tony Eprile, novelista nacido en Sudáfrica, dijo que el muro le recordaba a su experiencia infantil del *apartheid*. Mencioné la cólera que el *best seller* del presidente Jimmy Carter, *Palestine: Peace Not Apartheid* [*Palestina: paz y no apartheid*], había provocado en algunos círculos políticos. El mero título era suficiente para que algunos críticos lo acusaran de antisemitismo.

“A mí me suena a *apartheid*”, dijo Tony.

Para algunos, el muro ofrecía versiones opuestas de Israel: una democracia legalista que protege a sus ciudadanos, o un poder imperial que usurpa tierras y desafía la ley internacional. ¿Israel o Gran Israel [*Greater Israel*]? La dolorosa separación entre árabes y judíos me hizo acordarme de un día en Tel Aviv, cuando desde la explanada vi a docenas de personas en kayak que remaban cerca del embarcadero en carrera hacia la orilla, donde los esperaba una fiesta de playa que estaba en su mejor momento, mientras que, un poco más allá del embarcadero siguiente, un círculo de mujeres en *burqas* se tomaban de las manos en medio de las olas. Los dos pueblos inextricablemente vinculados, como lo han estado siempre. El muro prevenía de ataques suicidas, táctica de terror traída por la OLP en su retorno a Ramala, y protegía a unos habitantes para los que, a su vez, hacer justicia por sus propias manos ya era cuestión de rutina. Dicho de otro modo: el muro miraba hacia los dos lados, como en ese viejo chiste. Una mujer le dice al rabino que su matrimonio no funciona, porque su marido es malo. “Tiene usted razón”, le dice el rabino, y la manda de vuelta a su casa. Al día siguiente, el marido le dice al rabino que su matrimonio no funciona porque su mujer es mala. “Tiene usted razón”, le dice el rabino, y lo manda de vuelta a su casa. El bedel no puede creer lo que oye. “¿Cómo puede ser que los dos tengan razón?”, pregunta. El rabino le dice: “¡Tiene usted razón!”.

Nuestro conductor palestino bajó la velocidad en la carretera construida para los asentamientos israelíes, que junto a las bases militares ocupan más de la mitad de Cisjordania; los muros que los rodeaban tenían alambre de púa en la parte superior. En la carretera, no había más automóviles que el nuestro.

“Pagado con tus impuestos”, bromeó.

II KENIA, JUNIO DEL 2009

Los “humanitaristas” dicen que nadie se muere nunca en Dadaab, o por lo menos no en el campamento de refugiados somalíes que lleva ese nombre, el más grande del mundo: una tarjeta que da derecho a una ración de comida es un artículo precioso, el legado final y quizá el más valioso heredado por la familia del muerto, que representa para algunos la diferencia entre la vida y la muerte. Los refugiados subsisten gracias a la ayuda de la comunidad internacional que se traduce en 2.100 calorías diarias, además de aceite para cocinar y jabón.

Ahora otra verdad: casi nadie se va de Dadaab.

El campamento, que en realidad son tres campamentos (Dagahaley, Hagadera e Ifo), construido al norte de Kenia, cerca de la frontera con Somalia, fue diseñado para que en él vivieran temporalmente 90000 hombres, mujeres y niños que huían del conflicto gatillado por el colapso del gobierno central de Somalia en 1991; una seguidilla de gobiernos fallidos, catorce en total, han transformado al campamento en un hogar más o menos permanente para 275000 refugiados, la mayoría de los cuales deben viajar por semanas en bus y en automóvil, a pie o en camellos, en medio del calor abrasador y del polvo rojo que lo cubre todo en el desierto que queda al norte de Dadaab. La frontera ha estado cerrada desde principios del 2007, pero en la primera mitad del 2009 más de 5000 nuevos refugiados llegaban cada mes a vivir en carpas y a resistir disminuciones crónicas de agua, electricidad y baños. Setecientos niños nacen mensualmente en el campamento, y miles de adolescentes han pasado sus vidas en lo que un trabajador voluntario llamó una cárcel sin vallas. El gobierno de Kenia no permite que los refugiados se muevan por el país. De modo que no hay dónde ir, ni nada que hacer. Con una cesantía que llega al 80%, los padres temen que sus hijos vuelvan a una patria que no han visto jamás a pelear en una guerra que no termina nunca.

¿Qué pasa cuando arreglos *ad hoc* adquieren la pátina de la permanencia? Esta fue la pregunta con la que mis colegas y yo no dejamos de vernos confrontados en Dadaab. El ensayista y traductor Eliot Weinberger, la poeta y novelista Terese Svoboda, y el poeta Tom Sleight estuvieron conmigo en lo que un oficial del Departamento de Estado describió como una misión de diplomacia cultural algo fantástica (y tal vez peligrosa): dirigir talleres de escritura creativa para estudiantes de escuela secundaria en el campamento de refugiados. De manera que una mañana de junio pasado nos reunimos con un diplomático americano en un pequeño aeropuerto doméstico de Nairobi para abordar el avión que le habían arrendado a la ONU para el viaje de cuatro

horas hacia el norte. El avión aterrizó en una pista de aterrizaje, donde nos recibió un agente de prensa del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR). Enseguida nos subimos a los todoterrenos blancos que nos llevaron a través del deslucido pueblo de Dadaab, subiendo y bajando pendientes en un camino de arena. Afuera de cada almacén, había hombres sentados en unos neumáticos de camión a medio enterrar en la basura, especies de medias lunas que servían para marcar los negocios que servían a la comunidad de la ONG. Había un cartel clavado a una choza de lata: *Baghdad Enterprises*. Había letreros manuscritos que anunciaban hoteles que ofrecían comida pero no alojamiento. Y nos enteramos de que el ACNUR negociaba con la comunidad local, constituida en su mayoría por pastores de cabras y camellos, el arrendamiento de un cuarto campamento. Pero las conversaciones no iban muy bien: los años de sequía que habían acelerado el éxodo somalí generaban resentimiento en los kenianos, que tenían envidia de la largueza internacional para con los refugiados. También querían tarjetas de racionamiento.

El sol llameaba cuando enfilamos hacia el casino de la residencia del ACNUR para una charla informativa sobre seguridad. Una mujer irlandesa que venía de trabajar para una organización humanitaria en Afganistán, nos hizo saber de algunos de los peligros que ella y su equipo habían tenido que enfrentar: a un voluntario le habían disparado no hacía mucho, y no faltarían cobras escupidoras rojas y escorpiones a los que atenerse. Luego nos explicó que había un aumento de las tensiones en el lugar debido a que había quienes querían impedir el proceso de verificación, un censo dirigido por el ACNUR producto del cual de un 10 a un 15% de la población iba a perder sus documentos de identidad, lo cual iba a costarles sus tarjetas de racionamiento extra a muchas familias. Para efectos de recreación, podíamos usar el gimnasio o la cancha de tenis, o correr por el camino que rodeaba el perímetro de la residencia. El agente de prensa nos aconsejó ir con linternas al bar si no queríamos pisar serpientes.

Yo me preguntaba cómo íbamos a ser capaces de compartir nuestras experiencias de escritura, nuestra visión del proceso creativo, la vida del descubrimiento, como la llamó el poeta Brewster Ghiselin en su simposio *The Creative Process*, del que se habían vendido más de medio millón de copias desde su publicación en 1952. "Simplemente, se trata de que el auto-interés de la humanidad exige un esfuerzo más general con el fin de fomentar la invención de vida", afirma Ghiselin, en una introducción que sintetiza ideas de un espectro de pensadores. "Y la única manera en que ese proceso puede ser guiado con inteligencia es a través de una investigación sobre la naturaleza del proceso creativo".

Fue así que reunió escritos de poetas y escritores, matemáticos y científicos, compositores y artistas, que en su totalidad sugerían que un conjunto común de principios aplicaba en cada disciplina: la importancia de la preparación, vale decir, el dominio de habilidades y técnicas, la adquisición de un cuerpo de saberes, aprender cómo traducir experiencia en sabiduría; la necesidad de seguir abierto a diferentes enfoques y modos de comprender. ¿Cómo echar un vistazo a lo que pueda haber en la periferia de la visión, allí donde es posible hacer conexiones hasta este momento inimaginables? Esa es tarea tanto del artista como del científico. “Hay un tamaño físico adecuado para cada idea”, comenta el escultor Henry Moore y, hablando en sentido figurado, esto vale para cualquier disciplina. Y si es que hubiese alguna verdad en la idea de que el cultivo de la creatividad, “la invención de vida”, es crucial para nuestro futuro colectivo, entonces no hay mejor lugar para explorarlo que en nuestras reuniones con unos estudiantes que están atrapados en un lugar en el que carecen de prácticamente todo lo que hace que la vida sea soportable. Almorzamos, volvimos a nuestras piezas para instalar los mosquiteros y fuimos en automóvil a nuestro primer taller.

De camino a Hagadera, el diplomático nos dijo que la cosa era que Al-Shabaab, un grupo extremista islámico que se presume vinculado a Al Qaeda, estaba ofreciéndoles a los muchachos del campamento cinco dólares diarios, más una Kalashnikov, para que se unieran a sus compatriotas y a una pequeña banda de terroristas extranjeros (algunos de los cuales habían tenido ocasión de poner a punto sus habilidades guerreras en los campos de batalla de Iraq y Afganistán), con la intención de derrocar al gobierno en Mogadishu, que a la comunidad internacional tanto le había costado establecer durante el otoño anterior. Algunos somalí-americanos habían atendido al llamado a las armas, y cerca de la capital recién habían matado a uno de ellos. El diplomático había visto un grupo de somalí-americanos pasando como si nada por inmigración en el aeropuerto en Nairobi. Temía que fueran hacia el norte.

Llegamos a la biblioteca de la comunidad, un edificio octogonal de techo delgado, y nos sentamos alrededor de viejas mesas de madera. Pegada con cinta adhesiva a una de las mesas, se encontraba un afiche del ACNUR que decía JUNTOS, y al lado, un mapamundi Macmillan al que le faltaba la mitad superior. Había libros esparcidos en los estantes. Toda la luz existente era la que se filtraba por las ventanas abiertas. Un joven de camisa azul y pantalones blanco y negro se sentó a un lado, una joven con un *hiyab* blanco y rojo se sentó al otro, y Alí, un somalí keniano, traducía para nosotros a pesar de que nuestros acentos ingleses resultaban mutuamente incomprensibles. Las protestas de 1993 en Nairobi acortaron los estudios de Alí y terminaron con su sueño de ser periodista, y en la medida en que los estudiantes se

presentaban yo me preguntaba qué habían hecho de sus aspiraciones. Yo quiero ser primera ministra, dijo una muchacha. Yo quiero ser piloto, dijo otra. Yo quiero ser cirujano de corazones, dijo un tercero.

“Para ser escritor”, dijo Tom, “todo lo que se necesita es un lápiz y un pedazo de papel”.

Sacamos lápices, libretas y *loly pops* (Tom decía que le gustaba chupar algo dulce mientras trabajaba) y los estudiantes comenzaron a escribir.

Pero resultó que el ejercicio que les asignamos era demasiado complicado, y en nuestra tentativa por hacer que la cosa anduviera desechamos una idea tras otra, lo cual sólo generaba más confusión. Fue un milagro que los estudiantes pudieran hacer algo siquiera. Pero en la medida en que leían sus historias en voz alta, nos impresionábamos por la sofisticación de su escritura, llena de cláusulas subordinadas y estructuras compuestas. Y más tarde nos asombró que un estudiante nos revelase que cada campamento tenía su propio club de escritura, y que contaban con requerimientos para entrar harto severos: los postulantes tenían que concursar con historias sobre una variedad de temas (noticias locales e internacionales, deporte, cultura) que se juzgaban según estándares que sonaban exigentes. Después del taller, mientras íbamos de vuelta a la residencia del ACNUR, hubo cierta tensión en el todoterreno: queríamos tener éxito y sabíamos que no había sido así. Las tensiones no se disiparon sino hasta que intentamos diseñar un nuevo ejercicio para el próximo taller.

“Hagamos que escriban un cuento de tres cabras”, dijo Terese.

Tom preguntó qué era eso.

Ella contestó: “Cuando lleguemos a Dagahaley, nos vamos a enterar”.

Y así fue. Sus instrucciones para unos estudiantes que tenían que cruzar una puerta llena de alambres de púa para poder reunirse con nosotros en un edificio que era un bloque vacío, fueron espléndidamente simples: pongan a tres cabras en una página de prosa o verso. Los resultados fueron emocionantes en su mayoría. Esto es lo que escribió Abdi Kadar:

LAS TRES CABRAS

Había una vez tres cabras. Las tres cabras se llamaban Blacky, Horny y Shouty*. Vivían en el bosque donde muchos depredadores, como la hiena, el león y el leopardo, existían en gran número.

* Los nombres de las cabras podrían quizá traducirse respectivamente por: Negrita, Cornuda y Gritoncita. Vale la pena aclarar que este relato lo traducimos lo más literalmente posible. N. del T.

Las tres dormían juntas, pastaban juntas y se ayudaban entre ellas cuando estaban en momentos difíciles.

No pasó mucho tiempo hasta que uno de sus enemigos, Hiena, decidió comerse a las tres cabras. En realidad era difícil para Hiena comerse a las tres cabras, porque siempre estaban juntas. Hiena pensó por un día y una noche, pero no pudo concebir una manera de comerse a las cabras.

Un día Hiena fue donde su amiga Liebre para conversar sobre comerse a las cabras. Liebre, que tenía rasgos tanto de artimaña como de sabiduría, le dijo a su amiga que esta noche iba a traer a Shouty sola para que Hiena pudiera comérsela a ella sola, y la noche siguiente a Blacky, y así la valiente Horny iba a quedarse sola.

Liebre fue donde las tres cabras y se hizo buena amiga de ellas. Le dijo a Horny que Hiena se la iba a comer esta noche y no puedes esconderte de ella a menos que espantes a Shouty, porque se va a poner a gritar y va a ayudar a Hiena a descubrir fácilmente tu escondite.

Horny sin pensarlo echó a Shouty. Como le tenía miedo a Horny se fue. Al anochecer vino Hiena y se comió a Shouty. Al día siguiente, Liebre volvió donde Blacky y le dijo que anoche Liebre se había comido a su amiga Shouty y esta noche se iba a comer a Horny y si te encuentra con ella te va a comer a ti también. Blacky lo pensó un rato y decidió dejar sola a Horny.

De nuevo vino Hiena y se comió a Blacky tras encontrarla sola en el bosque, seguida de Horny la noche siguiente.

Mi historia se acaba aquí.

III IRÁN, OCTUBRE DEL 2009

Se dice del Museo de Arte Contemporáneo de Teherán, abierto justo antes de la revolución, que tiene la mejor colección de arte occidental en toda Asia, con pinturas de Monet y Van Gogh, Kandinsky y Picasso, Rothko y O'Keeffe. Pero salvo un breve lapso durante el 2005, en el ocaso del movimiento reformista, la colección lleva treinta años guardada en la bóveda de un subterráneo. Yo no esperaba ver la colección en mi visita a Irán el invierno pasado, dado que la posición antioccidental de la república islámica se había endurecido después de las reñidas elecciones presidenciales de hace un año, de modo que me sorprendió ver, a través de los barrotes de hierro forjado que circundan el museo, esculturas de Alexander Calder y de Henry Moore. Quizá eran muy pesadas como para sacarlas de ahí.

Las grabaciones de las manifestaciones en Teherán durante el pasado verano, que salieron del país de contrabando y que fueron reproducidas alrededor de todo el mundo, influían en mi misión de asegurar un acuerdo para intercambios de escritores americanos e iraníes: un pequeño gesto en medio de un esfuerzo diplomático por entonces en curso en Génova, donde los poderes occidentales afinaban los detalles de un acuerdo para que Irán enviase por barco su suministro de uranio hacia Rusia para usarlo en medicamentos. Empresa maldita, como resultó ser. Mientras tanto, el durísimo gobierno de Mahmud Ahmadineyad intimidaba a los líderes de la oposición, sin lograr sofocar la rabia de una parte sustancial de la población. Vi a una mujer gritándole a un hombre en un quiosco por haber comprado chocolates que venían de Siria (probablemente porque no eran producto iraní), había vigilantes nocturnos dispuestos a matar y manifestantes presos, los programas de televisión que recibían llamados telefónicos en *Voice of America* y la televisión farsi con base en Los Ángeles estaban repletos de reclamos. Yo me estaba quedando en la casa de huéspedes de la Universidad de Teherán, con un profesor de alemán que venía de Colonia y que sentía algo nuevo en el aire que le recordaba a las semanas anteriores a la caída del Muro de Berlín. Agitaba sus manos como si la tierra temblase. “Viene el cambio”, me decía. “La pregunta es qué lo va a desencadenar”. Justo el día antes, Ahmadineyad había faltado a la apertura formal de la universidad, y a su sustituto lo habían abucheado hasta que tuvo que bajarse del escenario.

El museo estaba casi vacío cuando entré a darme una vuelta por sus galerías, que ofrecían una exhibición de una bienal de afiches islámicos. La exhibición era bastante aburrida, pero había cosas interesantes por aquí y por allá: una escultura de Henry Moore, una instalación de Donald Judd y, en una cámara, un conjunto de pinturas de Mohammed Reza Lahouti, que me impresionaron por sus vivos colores y líneas. En la recepción, le pregunté al encargado si había disponible algún catálogo del trabajo de Lahouti. Me dijo que no. “Pero si va a la oficina puede que le den su número telefónico”. Me preguntó de dónde era, y cuando se lo dije él replicó: “Los americanos son los más *cool*”. Me mostró un catálogo de lo que había en el museo, que se abría con una placa del retrato de Mao hecho por Warhol.

“Si Warhol estuviera vivo, quizá pintaría a Ahmadiniyov”, me dijo.

“Quizá al Líder Supremo”, le respondí, y compartimos una sonrisa cómplice.

En la oficina de relaciones exteriores, había mujeres jóvenes que miraban computadores y un hombre más viejo que consideró mi petición con una mezcla de desconcierto y ofuscación. Finalmente me dio el número telefónico de Mohammed

Reza Lahouti, y el artista accedió a reunirse conmigo al día siguiente en el Centro de Estudios e Investigación Artística, donde él oficiaba de director.

Lahouti, un hombre pequeño, preciso, vestido con un traje formal de sarga, jaspeada de gris la barba y el pelo, supervisaba en el centro la traducción y publicación de textos estéticos, literarios y filosóficos. Tenía un doctorado en Filosofía, pero no dominaba el inglés y tenía peor francés del que me había insinuado por teléfono. Yo no manejaba el farsi y mi traductor se perdía por completo en cuestiones de arte, de modo que nuestra conversación comenzó lenta. Pero cuando le pedí que me contara sobre su trabajo, se entusiasmó. En un muro había una improvisación caligráfica en torno al nombre del primer imam, Alí, figura central del islam chía, con unas letras que se abstraían hacia una pura forma.

“¿Meditabas sobre el nombre mientras dibujabas?”, le pregunté.

Me contestó que después de años de preparación era capaz de dibujar sin involucrar demasiado pensamiento consciente. Me lo demostró tomando varias hojas de papel y bosquejando muy rápidamente algunas variaciones sobre las letras del nombre divino. Y aún así, la mayoría de los trabajos que me mostró durante el par de horas siguiente (óleos y pintura digital, dibujos en tinta, fotografías nocturnas, pequeñas esculturas), se caracterizaban por una precisión extraordinaria. Cuando le pregunté acerca de sus influencias escribió, con sumo cuidado, los nombres de sus mentores en un trozo de papel. Puso cada nombre entre paréntesis, como para situar a cada uno en un compartimento separado, luego dobló con cuidado el papel y me lo dio.

Tampoco fue este su último regalo. Su secretaria me trajo café y bollos espolvoreados de azúcar, y enseguida me armó un paquete de publicaciones recientes con esta dirección. Abrió una puerta que estaba detrás de su escritorio y que yo no había notado, y de un cuarto del porte de un estudio sacó más pinturas. Terminó con una obra que, según me dijo, nadie había visto antes: una gran pintura digital de las válvulas y engranajes de una planta de tratamiento de agua potable hacia la que peregrinaban unos fieles; había jirones verdes (plegarias) amarradas a una serie de candados. La pintura era hermosa. Después de guardarla, me hizo otro regalo: un dibujo en tinta que tengo ahora en mi oficina.

Saliendo de ahí tomamos un taxi al Gran Bazar, cuyo ambiente estaba denso debido a la multitud de compradores del día anterior al fin de semana. No habíamos ido muy lejos cuando presenciamos un drama: un miliciano basij de uniforme caqui le dio una patada por la espalda a un hombre. Se formó una multitud alrededor, y por un momento parecía que todos iban a rodearlo, que era algo que había ocurrido durante las protestas. Conocí a hombres que alardeaban de haber ayudado a botar

milicianos de sus *scooters* y de haberlos golpeado hasta matarlos. Manifestaban su disposición de volverlo a hacer durante la próxima ola de protestas, que por demás podía comenzar en cualquier momento. Entonces, la multitud retrocedió, el basij le gritó al hombre mientras este se alejaba, mi traductor me tomó del brazo y me llevó hacia más adentro del bazar, más allá de los puestos de barriles de especias y frutos secos y pistachos. Se veía agitado cuando le pregunté qué había pasado.

“Quizá estaba causando problemas”, me dijo.

Comimos arroz con azafrán y kebabs en un restorán lleno, y más tarde fuimos a comprar regalos. Mi traductor quería mostrarme joyas, pero a mí me interesaba más la artesanía, de modo que le pedimos a un vendedor de té que nos dijera dónde quedaba la parte más antigua del bazar. Un muchacho se ofreció para llevarnos, y en el camino nos contó que quince amigos suyos estaban presos por haber cuestionado un aumento de arancel; los padres habían estado frenéticos por una semana intentando enterarse de qué había sido de sus hijos. Entonces apuntó a su nariz, roja e hinchada. Yo ya me había dado cuenta de cierto número de mujeres jóvenes con vendas en las narices. Las operaciones de nariz hacían furor, como dice un amigo iraní, y me pregunté si este muchacho se había hecho una también. Pero no. Simplemente tenía una muñequera verde que denotaba su apoyo a la oposición: razón suficiente para que un miliciano le rompiera la cara.

“Estoy asustado”, dijo.

Llegamos a una tienda de alfombras, y en este punto mi historia da un giro inusual que nos lleva de vuelta a Iowa. Unos meses antes de este viaje, estando yo en Jerusalén, leí un artículo del *New York Times* acerca de una delegación de actores y cineastas de Hollywood en Teherán, que iban a reunirse con cineastas iraníes. En la delegación, había un antiguo amigo mío, de mis días de reportero de guerra en Bosnia, Phil Alden Robinson, que además de haber dirigido *Field of Dreams* había producido un gran número de documentales sobre Bosnia y Somalia para *Nightline* de ABC. Me había dado números de guionistas y cineastas para que yo los contactara estando en Irán. Pero, todos habían sido exiliados; la única persona que no traté de contactar fue a un vendedor de alfombras que me había recomendado (mi presupuesto era menor que el suyo), y mientras el comerciante servía café dulce, y comenzaba a desenrollar alfombras provenientes de todas partes del país, *kilims* espléndidos, tapetes para oración y tapices, tuve repentinamente la sensación de que, en esta ciudad de doce millones de personas, había encontrado a la única persona que supuestamente tenía que encontrar.

“Me pregunto si un amigo mío vino aquí la primavera pasada”, dije, fingiendo desinterés. “¿Por casualidad no le vendió usted un tapete a un director de Hollywood?”.

“Phil”, me dijo sonriendo. “Phil Robinson”.

Sacó su iPhone para mostrarme una foto que le había enviado Phil, una foto del tapete en su living. Llegó más café, se desenrollaron más alfombras, y no pasó mucho tiempo hasta que llegamos a un acuerdo sobre un par de alfombras para mis hijas. El comerciante agregó de yapa una bolsa de sal, un tejido como del porte de una cartera con un tupido patrón de octágonos color ocre y cruces en blanco, rojo y violeta. Los pastores llenan estas bolsas con sal de roca en primavera para alimentar a sus ovejas, de modo de hacerlas beber agua suficiente para que lleguen a los potreros que están en las tierras más altas, donde hay más pasto que forrajear. Se trata de un artículo pequeño pero indispensable para la cultura tradicional, en que el forraje puede significar la diferencia entre vida y muerte. Y tengo la impresión de que también es un emblema de lo que hacemos en la diplomacia cultural: todos necesitamos agua para encaminarse al próximo potrero.